

La Teología de los Credos Antiguos

Parte 1: Cristianismo Credal

Greg Uttinger
9 de Julio, 2002

Tomad con vosotros palabras, y volveos al Señor. Decidle: Quita toda iniquidad, y acéptanos bondadosamente, para que podamos presentar el fruto de nuestros labios. (Oseas 14:2).

Palabras, Palabras, Palabras

El Cristianismo es una religión de palabras. Dios usó palabras para crear y ordenar el universo (*Gén. 1*). Dios usó palabras para comunicarse con Adán. Él puso Sus palabras en las bocas de los profetas (*2 Sam. 23:2; Jer. 1:9*). En el Nuevo Testamento, el Cristo levantado le habló a Saulo de Tarso con palabras – palabras Arameas que usaban la gramática y la sintaxis normal del Arameo (*Hch. 26:14*). La Biblia misma es un libro de palabras.

Debido a que el hombre es la imagen de Dios, él también utiliza palabras. Usa palabras para comunicar información acerca de sí mismo, sobre su mundo y sobre Dios. El hombre es pecaminoso y falible, de manera que sus palabras pueden ser acertadas o incorrectas, verdaderas o falsas. Si un hombre habla acerca de Dios y sus palabras describen a Dios como Él es, entonces sus palabras son verdaderas. Aquellos que creen las palabras están en lo correcto en sus creencias; aquellos que rechacen las palabras están equivocados. Si aquellos que creen las palabras verdaderas las escriben, entonces han compuesto un credo.

La Confesión por Medio de los Credos

La palabra Latina *credo* significa, “Yo creo.” Un credo es una declaración de fe. Todos creen algo, y por lo tanto todos tienen un credo – al menos en principio. Algunos credos no se hallan en forma escrita, pero no por eso son menos poderosos. Muchos grupos religiosos que afirman no tener credos en realidad tienen credos no escritos muy rigurosos. La iglesia de Jesucristo, por otro lado, tiene una larga historia de poner por escrito lo que cree.

Uno de los primeros credos de la iglesia fue, “Jesús es Señor” (*Rom. 10:9-10; 1 Cor. 12:3*) – corto y directo al punto. En contra del Judaísmo esta confesión identificaba a Jesús de Nazareth como Jehová, el eterno Señor de los Ejércitos. En contra de la fe del Imperio Romano, esta confesión declaraba que Jesús es el verdadero Emperador del mundo, la fuente de toda autoridad y ley. Este credo hacía lo que todos los buenos credos deberían hacer: trazaba una línea clara entre la fe y sus enemigos. Siglos más tarde, el Credo de los Apóstoles trazó exactamente tal línea entre la fe verdadera y el Gnosticismo, y el Credo Niceno hizo lo mismo con respecto al racionalismo Arriano. Claro, los Gnósticos y los Arrianos no estaban felices con los credos. Aquellos que son el blanco de los credos raramente lo están. Generalmente los denuncian como antibíblicos, racionalistas y faltos de amor.

Palabras vs. Misticismo

Sin embargo, algunos enemigos de la fe se oponen a los credos de la iglesia, no tanto por lo que dicen, sino porque, de cualquier manera, dicen algo. El místico, por ejemplo, encuentra los credos sumamente ofensivos. Él quiere extenderse y tocar el rostro del Infinito. Él quiere una experiencia inmediata de Dios, quienquiera que sea él, ella o ello. Pero el místico no tiene el deseo de escuchar palabras que provengan de Dios o palabras acerca de Dios. Las palabras limitarían su libertad de pensamiento y experiencia; ellas harían demandas sobre su voluntad; le cerrarían el paso a perspectivas y creencias que él no ha creado. Las palabras que provengan de Dios significarían que existe una realidad fija “allá afuera” a la cual su mente y voluntad deben conformarse. El místico usa palabras porque debe hacerlo. Puede permitirles a las palabras que ocupen un lugar como pistas o trampolines hacia la verdad. Incluso puede deleitarse en su propio parloteo acerca de sus encuentros espirituales. Pero no puede aceptar las palabras como descripciones precisas de la verdad. La verdad, para él, debe ser mayor que cualquier palabra. Por lo tanto, el místico no puede tolerar los credos. Él ve en ellos la muerte de la verdad – esto es, la muerte de su libertad para disfrutar sus experiencias y etiquetarlas como DIOS.

Obviamente el Cristianismo no es misticismo, aunque existe dentro de él aquello que es místico o misterioso. El Cristianismo insiste en las palabras, e insiste en que las palabras significan lo que dicen. Cuando la Escritura dice que el Arca del Pacto tenía dos codos y medio de longitud, significa que el Arca era de dos codos y medio de longitud (*Éxodo 25:10*). Cuando dice que el SEÑOR hizo los cielos y la tierra en seis días, significa que hizo los cielos y la tierra en seis días (*Éxo. 20:11*). Y cuando dice que Cristo se levantó otra vez el tercer día, significa que en el tercer día Cristo dejó de estar muerto (*1 Cor. 15:4*). Las proposiciones de la Escritura conllevan significado; nos dicen cosas verdaderas con respecto a la realidad. Nos dicen cosas verdaderas acerca del Dios viviente. Los Atenienses podían estar contentos con un Dios no conocido y no conocible, pero Pablo estaba listo para declararles ese Dios a ellos (*Hch. 17:23*): él describiría a su Dios desconocido con palabras humanas.

Las Palabras del Hombre

Por extraño que parezca algunos han argumentado que solamente podemos usar las propias palabras de Dios cuando hablamos acerca de la fe. Palabras como “Trinidad” y “Encarnación” deben dar paso a la recitación de textos relevantes. Al principio esto puede sonar razonable y reverente. ¿Quién quiere las palabras del hombre cuando tenemos las de Dios? ¿Quién quiere inyectar términos de hechura humana en una discusión sobre la Deidad eterna? Pero piense un poco. Cuando alguien dice, “No uses las palabras del hombre,” no debemos responder, “Entonces, por favor, quédate en silencio: acabas de usar palabras del hombre – de hecho las tuyas propias – y según tu propia regla no podemos escucharte”? Cualquiera que hable sobre el tema de la Escritura usa sus propias palabras: eso es lo que significa discusión. La alternativa sería que recitáramos las palabras de la Escritura de acá para allá los unos a los otros sin explicación o comentario. La teología descendería al nivel de la palabra mágica: no se le permitiría al teólogo hacer nada sino entonar las sílabas sagradas con precisión supersticiosa; cualquier comentario o

pensamiento acerca del significado o aplicación sería un sacrilegio, una distorsión de la auto-revelación de Dios. Esta clase de tontería pertenece a las religiones ocultistas, no al Cristianismo Bíblico.

Debido a que las palabras de Dios sí nos dicen la verdad, debido a que ellas comunican precisamente la manera en que son las cosas, su mensaje **puede** ser replanteado en palabras diferentes. “La Palabra se hizo carne” y “El eterno Hijo de Dios... tomó para Sí mismo la misma naturaleza del hombre” son ambas descripciones precisas de la Encarnación. La primera oración es de la Escritura; la segunda viene del Catecismo de Heidelberg. Ambas dicen la verdad con respecto al mismo acto divino. Si una cosa es verdad, entonces son verdaderas todas aquellas palabras que lo reporten adecuadamente, y deberíamos creerlas. Es irrelevante quién dijo primero las palabras. El asunto es simplemente, ¿Son verdaderas las palabras?

Además, Dios ha colocado palabras humanas en la iglesia. Él ha establecido un ministerio de predicación (*Efe. 4:11-16; 1 Cor. 1:21*). El ministro del evangelio resume y explica las palabras de Dios usando las propias. Esto es lo que Dios le ha encomendado hacer (*1 Tim. 4:6, 11, 13-16; 2 Tim. 4:1-4*). Las palabras del pastor son humanas y no son inspiradas, no obstante él habla con autoridad y con aprobación divina. Sí, puede errar. Y los credos pueden errar. Pero los pastores y los credos erróneos no hacen a un lado el oficio del pastor o la legitimidad de los credos.

Autoridad

Como los pastores y los maestros piadosos, los credos nos confrontan con la palabra de Dios. Sin embargo, un pastor es un hombre. Los credos provienen de docenas o de cientos de hombres piadosos y han recibido la aprobación de miles y miles más. En otras palabras, en los credos tenemos cientos de miles de pastores y maestros piadosos declarándonos las palabras de Dios. ¿Vamos a ignorar a estos hombres debido a que son humanos? ¿O no recordaremos que la misma Biblia que nos habla tan claramente hoy ha hablado con igual claridad a los santos del pasado? (*1 Cor. 14:36; Jer. 6:16*). Pablo llama a la iglesia, “columna y baluarte de la verdad” (*1 Tim. 3:15*). ¿De quién será el entendimiento de la Escritura en el que creeremos, en el de la iglesia o en el del innovador religioso o el del cultista?

Palabras Fijas

Tradicionalmente, la iglesia ha utilizado sus credos en la adoración como un medio para confesar a Cristo y jurarle lealtad pactal. Hoy muchos Cristianos se hallan incómodos con esta práctica. Ellos creen que solamente aquellas palabras que provienen inmediatamente del corazón de uno pueden ser agradables a Dios. La espontaneidad se iguala con la sinceridad; la repetición de palabras escritas por hombres muertos deben producir una formalidad fría y vacía.

Sin embargo, Dios le dio a Israel un conjunto de liturgia más bien extensa para su adoración en la fiesta de las Primicias (*Deut. 26:3-11*). Él les dijo a los hombres de Israel, “Digan estas palabras,” no, “Digan algo que vaya más o menos según estas líneas.” Todo el libro de

los Salmos es una colección de oraciones fijas diseñadas para ser repetidas o cantadas. (Si vamos a eso, todas las canciones implican palabras fijadas por alguien más.) En el Nuevo Testamento, Jesús compuso una oración y no dijo simplemente, “Por lo tanto, oren según esta manera,” sino también, “Cuando oréis, **decid...**” (*Lucas 11:2*). No hay nada en la Escritura que diga que todas las palabras que hablamos ante Dios deban ser espontáneas u originales para nosotros. Por cierto, la oración espontánea puede ser algo bueno, especialmente en devociones privadas o situaciones de emergencia. La oración de Pedro “Señor, sálvame” es aquí el ejemplo clásico (*Mat. 14:30*). Pero cuando estamos en la presencia de Dios en la adoración formal necesitamos cuidar nuestras bocas (*Ecl. 5:1-3*). Hay mucho que decir con respecto a palabras que han sido cuidadosamente pensadas.¹ El asunto, una vez más, no es quién las dijo primero, sino si se refieren o no a lo que queremos decir ahora. Las palabras espontáneas pueden reflejar nuestra pasión y entusiasmo; también pueden reflejar nuestra imprudencia e ignorancia con respecto a la sana doctrina. En el último de los casos limitan el número de personas que oran o confiesan al mismo tiempo que uno lo hace. Las palabras fijas de los credos antiguos permiten a los santos confesar su fe en Cristo con precisión y al unísono.

Conclusión

Los credos son inevitables. El hombre que dice, “Yo creo...” y luego termina la oración ha expresado un credo. “No creo en credos” es un credo. “No un credo sino Cristo” es un credo. El asunto nunca es credos vs. no credos; el asunto siempre es, ¿El credo de quién? Los Cristianos, para ser Cristianos, deben confesar a Cristo. Y aunque a veces ciertamente debemos hacer esa confesión en palabras que reflejen nuestras circunstancias corrientes, sin embargo, hay un gran valor en confesar a Cristo en palabras marcadas por la edad – palabras que son propiedad de la iglesia universal y que pertenecen no meramente a nuestro tiempo, sino a todos los tiempos.

Greg Uttinger enseña teología, historia y literatura en la Escuela Cristiana de Cornerstone en Roseville, California. Vive cerca del Condado de Sacramento con su esposa Kate y sus tres hijos. Puede ser contactado en paul_ryland@hotmail.com

¹ Una vez le pedí a los muchachos jóvenes de mi clase que compusieran unos votos matrimoniales no tradicionales de su propia invención. Solo uno tuvo éxito. Apareció con algo más o menos así, “Hey, cariño, tú... yo... eeeeh.” Las damitas jóvenes de mi clase no estaban impresionadas.